ZONA
LIBRE

Revelaciones

Berta Hiriart

Norma

**ZONA
LIBRE**

Revelaciones
Antología de cuentos

**ZONA
LIBRE**

Revelaciones
Antología de cuentos

Berta Hiriart

Cubierta de Álvaro J. Camacho

Norma

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile

D.R. © Berta Hiriart, 2006
D.R. © Norma Ediciones, S.A. de C.V.
Av. Presidente Juárez 2004
Fraccionamiento Industrial Puente de Vigas
54090 Tlalnepantla, Estado de México.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 05240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición: octubre, 2006
Quinta reimpresión, junio 2016

Impreso en México – *Printed in México*

Edición: Lorenza Estandía González-Luna
Diagramación: Álvaro José Camacho N.
Diseño de cubierta: Álvaro José Camacho N.

ISBN: 970-09-1357-0

Revelaciones
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2018
en los talleres de
ubicados en

Contenido

Tuxpango	9
Miss Elephant	17
¿Cómo se llega a Nunca Jamás?	25
Crecer o la ley de Darwin	33
La huelga	57
Partido de dominó	73
Corresponsal	81
Las aventuras de Güicho Quintanilla	91

*Para mis hermanos, primos y amigos de adolescencia.
A la memoria de Juan Sandoval.*

Tuxpango

-¡No se vayan a ir a la cascada! -gritaron los adultos como era su costumbre gritar en cuanto llegaban a Tuxpango. Cada año lo mismo. Primero la eternidad de siete horas de carretera, que sólo se aguantaban por la ilusión de bajar en el malacate hasta el corazón del valle. Horas que se iban en la pregunta "¿Ya vamos a llegar?" y la respuesta "Todavía no, canten algo". A lo que seguía "La mar astaba sarana, sarana astaba la mar" y "Por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas". Hasta que por fin, ahí estaba Tuxpango con su malacate, su presa y demás maravillas. Era entonces, cuando los niños

descargaban sus mochilas, que venía el recordatorio: "¡No se vayan a ir a la cascada!"

Los cuatro amigos rieron. "No, cómo creen". Y se echaron a andar con sus pantalones cortos de niños de ciudad. Pasaron sin detenerse junto a la casa de máquinas. Ahí había que entrar con el papá de Isa. Escuchar sus explicaciones sobre cómo la fuerza del río se convierte en electricidad era tan fascinante como conocer los secretos de un mago. El truco estaba en la acción de unas palancas y tornillos gigantes. Y, bi-bidibadibú: de agua a luz, de líquido transparente a foco que se enciende en el buró. Cada año se repetía la visita y los niños no acababan de entender. "Es que los muchachos de ahora ya no estudian a Galileo", decía el ingeniero moviendo la cabeza de un lado al otro.

Por el momento, los cuatro siguieron delante. El pasaje de árboles frutales les dio la bienvenida convidándolos a tomar un refresco natural. Andrés cortó unos limones reales con su navaja de siete gracias distintas. Las cáscaras volaron a mordiscos y un fuerte aroma se extendió por los aires. Isa espantó un insecto que se empeñaba en probar la sangre de sus mejillas regordetas. Aunque hacía tiempo que ya no le decía Mixpango a Tuxpango, aún conservaba algunos rasgos de niña pequeña.

-¿Están seguros de que vamos bien? -preguntó.

Rolo y Elena, que se habían rezagado hablando en voz baja, se acercaron a ella.

-No -bromeó Rolo, parece que nos estamos perdiendo en medio de la selva.

La brecha abierta en medio de la maleza había desaparecido, de modo que había que continuarla con el puro filo de los pasos. Un pájaro lanzó un graznido.

-¡Qué chistocito! -comentó Isa parada de puntas para alcanzar de un coscorrón la cabeza de Rolo-. En serio, ¿vamos bien?

Andrés intervino con su temple de persona mayor:

-Claro, ya se ve desde aquí la roca con cara de doña Josefa Ortíz de Domínguez.

Elena respiró a sus anchas. Algo tenía este lugar que le daba una sensación de libertad nunca repetida en la ciudad. Rolo se le aproximó con ganas de decirle algo, pero no supo bien a bien qué, y tampoco tuvo tiempo para encontrarlo porque ella de pronto echó a correr, gritando:

-¡Pamba a quien llegue último al despeñadero!

Y los cuatro galoparon entre la hierba cálida, confundidos con los miles de pequeños animales que hacían lo mismo en esas horas del mediodía. El aire puro los coloreaba con nuevos tonos, les sacaba la risa guardada a fuerzas en la escuela, se les metía en los ojos dándoles el brillo del buen humor.

Al cabo de un trecho, el canto del agua se dejó escuchar. Primero muy suave, como un chismecillo. "Pst, pst, pst. Tuuuuuuuuu". Pero paso a paso con mayor poder, en un murmullo hipnótico al que era imposible resistirse. "Veeeeeeen", le parecía escuchar a cada niño. "Veeeeeeen, no tengas miedo. Acéeeeeeeercate. Te estoy esperaaaaaando".

Jadeantes, fueron llegando hasta el despeñadero. Nadie se acordó de la pamba, sino que se quedaron en silencio mirando hacia el mismo punto: la cascada. "Veeeeeeen". Más alta que cualquier edificio, parecía llevar en su caída a miles de caballos trotando en tropel.

-¡Qué bonita! -exclamó Isa, pero su voz se perdió entre el alboroto del agua.

Para avanzar, sólo quedaban los restos de lo que un día fue el camino para construir la presa. Había que bajar siguiendo un itinerario preciso. Poner el pie en la piedra equivocada podría costar muy caro. Al fondo, el río apenas se distinguía como un listón agitado.

-Yo voy adelante -afirmó Elena, dando el primer paso sobre una roca en la que sólo cabía el pie de lado. Sus manos se aferraron a una saliente, buscando de inmediato el próximo asidero. Rolo la siguió envaletonado. "Todos para uno y uno para todos", gritó a lo mosquetero. En cambio, Isa dudó un momento. "Una, dos y..." Hasta que Andrés la animó protector.

-¡Tres! ¡Órale!

Los amigos se desplazaron como en un disciplinado acto de equilibristas. Ninguno se distrajo, a pesar de que el sol ya caía a plomo y las rocas se habían convertido en cuchillos que lastimaban aquí y allá. Ni siquiera hablaron cuando fueron brincando sobre una piel de coralillo.

Sólo al llegar a la meta soltaron a carcajadas el cansancio y las quejas. No les faltaban raspones, al-

guno en la rodilla, otro en el codo, todos en las manos. Pero ahora el río había tomado su tamaño verdadero, así que se lavaron y refrescaron, quedándose luego muy campantes, regocijados por las cosquillas de la brisa.

-¿Cruzamos el río? -propuso Isa, llevada por el ansia de más aventuras.

Rolo se recostó sobre una gran piedra pulida:

-Yo no voy. ¿Qué tal si abren las compuertas?

-No seas menso -dijo Andrés-, si abren las compuertas, el agua inunda toda la cañada y ya nos llevó "Pifas".

Sus palabras cayeron como un encantamiento. La cascada se detuvo, los insectos desaparecieron, anocheció de pronto. "Pifas" llegó batiendo sus alas enormes. No lo podían ver, pero lo sentían rozándoles los brazos y las caras de un modo muy distinto que los insectos. Las alas de "Pifas" eran heladas y causaban toda clase de estremecimientos. A Isa le pareció ver un pajarraco con garras capaces de atrapar a varios niños juntos. Rolo creyó saber que se trataba de una calaca tilica, vestida con capa y sombrero, como las que venden en días de muertos. Para Andrés no tuvo más forma que la de una inmensa sombra glacial.

"Pifas" soltó un sonido, entre rumor y risa, entre aullido y maullido, entre burbujeo y quién sabe qué.

Elena se sintió mareada. Dio unos pasos sin rumbo, tropezó con la arista de una roca, y sus pies fueron a dar irremediamente a una zona de rocas humedecidas. La niña extendió los brazos queriendo

asirse de algo, pero al no encontrar más que aire sólo pudo dejarse llevar por el resbalón y terminar zambullida. Un grito rompió el hechizo.

Los amigos saltaron simultáneamente hacia Elena y entre los tres lograron detenerla. Sin embargo, la corriente era más fuerte que ellos juntos y parecía decidida a llevarse a Elena río abajo, como si fuera una más de las ramas que arrastraba. Rolo quiso salvarla y estuvo a punto de zambullirse también, pero Andrés, sin soltar a Elena, lo mandó de un puñetazo hacia el lado opuesto. Fue un movimiento tan rápido que el mismo "Pifas" hubiera pensado que Andrés tenía brazos de pulpo.

-¿Qué haces, idiota? -le gruñó a Rolo-. Hay que formar una cadena.

-Yo ya no puedo -se quejó Isa, quien estaba en cucullas aferrada como podía a la blusa de Elena.

Avergonzado, Rolo siguió las instrucciones. A toda velocidad se quitó el cinturón, a la vez que buscaba una peña que sirviera de punto de apoyo. Durante los segundos que tardó en hacer el amarre, tenía una sola imagen en la cabeza: Elena bajo el agua, las ropas flotando y sus preciosos ojos llenos de miedo.

Isa empezó a llorar, pero no soltó la blusa de cuadritos azules hasta que Andrés le dijo que le diera una mano a Rolo y con la otra lo sostuviera a él, afianzándolo por la cintura.

En cuanto los eslabones de la cadena estuvieron enlazados -la tierra a la roca, la roca al cinturón, el

cinturón a Rolo, Rolo a una mano de Isa, e Isa a la cintura de Andrés- Elena pudo dar unos respiros. Pero el agua siguió presentando batalla y Andrés no supo si podrían vencerla. De golpe comprendió cómo es que su energía, energía hidráulica decía el ingeniero, es capaz de iluminar pueblos y ciudades enteros. Y luego se sorprendió de estar pensando en esto cuando la vida de Elena estaba en juego, dependiendo de si él era lo suficientemente hábil para dar el jalón definitivo. Alertó a los demás.

-Todos al mismo tiempo, ¿listos?

Tiraron con toda su alma, dando hasta el ultimísimo aliento. Y como consecuencia, Elena emergió del río y los otros niños fueron desplomándose uno a uno, igual que una hilera de fichas de dominó.

De inmediato, Rolo quiso ir hacia Elena pero no logró mover un solo músculo. Desde donde estaba, aferrado todavía al cinturón salvador, la vio como una sirena pálida y no muy elegante. En cuatro patas vomitaba litros y litros de agua, siendo increíble que cupiera tal cantidad en su delgado cuerpo. Luego la vio sentarse y observar las cosas, el cielo, el río, las piedras, como si las viera por primera vez. Tiritaba.

Rolo decidió que esa tarde le pediría que fuera su novia.

Miss Elephant

Corrían los tiempos en que mujeres y hombres estudiábamos en escuelas separadas y las maestras eran de lo más autoritarias. Todas, excepto *Miss Nancy*, o *Miss Elephant*, como la llamábamos por su enorme tamaño y buen carácter. Cualidades que, por cierto, la convertían en blanco fácil de las bromas que se le pueden ocurrir a un grupo de potrillas salvajes, las alumnas del Segundo B, de la Secundaria Sor Juana Inés de la Cruz.

Miss Elephant nos enseñaba inglés cada viernes. Lo había aprendido en su natal Puerto Rico, de donde salió para conocer otros

mundos. La fama de que en México la gente era muy amable la había atraído hasta las puertas mismas de nuestro salón. Esto nos llenaba de gusto, pues las eternas horas bajo las órdenes de otras maestras tomaban un aire divertido gracias a los mensajes pasados de mano en mano, preparando la próxima diablura que haríamos en su clase. Cruzábamos apuestas sobre cómo reaccionaría, pero rara vez alguien ganaba. Sus actitudes eran sorprendentes.

Si poníamos una tachuela en su silla, comentaba:

-¿De dónde se habrá salido esta tachuela? Debe habersele caído al carpintero.

Si amarrábamos un hilo tirante en el marco de la puerta, al tropezar con él y sufrir la voladura de sus zapatos de moñito, decía:

-*Oh, my God!* Tengo que cambiar mis lentes.

Y así, ante los dulces con salsa picante, el salón inundado de ratones y nuestro juego preferido de hacernos las sordas, las ciegas o las dormidas, *Miss Nancy* siempre encontraba alguna explicación, según nosotras, graciosísima.

Un chiste circulaba entre las alumnas: ¿Dónde se guarda una tonelada de despiste? ¡En *Miss Elephant* !

Todavía recuerdo cómo disfrutamos aquella vez, cuando nos cerramos las narices con pinzas de la ropa. Queríamos mandarle a *Miss Nancy* una indirecta muy directa acerca de su olor a vinagre. Después de que ella saludó con su acostumbrado "*Good morning, dear girls*", nuestras voces respondieron

como un coro de gansos, "Gu moguing, minangsi". Las carcajadas que soltamos ante su desconcierto resonaron en toda la escuela, pero ella sólo preguntó con auténtica curiosidad:

-¿Es una nueva moda?

Pensábamos que no entendía ni jota del mundo. Bueno, la J sí, porque las letras la entusiasmaban igual que a nosotras los cochecitos locos de la feria. Siempre nos leía algún cuento o poema, convirtiendo este momento en el mejor de la clase. Se colocaba en el centro de la tarima, elevaba la voz y mecía su elefántica figura al ritmo de las palabras.

-Escuchen, jovencitas -decía-, escuchen qué belleza: *Cats here, cats there, cats and kittens everywhere. Hundreds of cats, thousands of cats, millions and billions and trillions of cats.**- Ahora ustedes, *dear girls*, digan los versos conmigo, cántenlos, si quieren, o bailen al compás de su ritmo.

Y nosotras, púberes que pasábamos la semana atornilladas a los mesabancos, enloquecíamos. No sólo brincoteábamos por todo el salón, gritando como chivas sueltas, sino pateábamos los muebles, repartíamos cocotazos y pisábamos los zapatos de moñito de *Miss Elephant*. La risa escapaba de nuestras bocas como lava de un volcán en erupción y contagiaba a la maestra, convencida de que la causa del alboroto era el entusiasmo que suele despertar la poesía.

*Gatos aquí, gatos allá, gatos y gatitos aquí y allá. Cientos de gatos, miles de gatos, millones y billones y trillones de gatos.

A la directora la sacaba de quicio el escándalo que salía de la clase. Para la hora de la salida, su habitual cara de palo se había transformado en cara de piedra, y su habitual tono helado, en furia repartida sin ton ni son. Más nos valía salir formadas y esperar en silencio a que vinieran por nosotras.

Hasta que un día, en uno de esos ratos de aburrimiento bajo el calorón de las tres de la tarde, vimos que la directora llamaba a *Miss Nancy* hacia un rincón del patio para darle una regañiza como aqué-llas con que nos atormentaba. *Miss Nancy*, sin embargo, no se quedó callada como lo haría cualquiera de nosotras, sino que con su tono amable, inició una discusión. No alcanzábamos a escuchar qué decían, así que una a una, nos acercamos a ellas, simulando que íbamos al baño. Escondidas tras un árbol, paramos oreja.

-No es cuestión de que sean jóvenes -decía la directora-, nunca se comportan como en la clase de inglés.

-Es que tienen miedo -respondió *Miss Nancy*.

-Como debe ser. Las chicas deben respetar a sus mayores.

-Bueno, sí, pero no es lo mismo el miedo que el respeto.

-Pero a usted no la respetan, *Miss Nancy*, ¿qué, no se da cuenta? Abusan de su debilidad. Quiero decirle que o cambia de actitud, o vamos a tener que despedirla.

La amenaza no nos hizo la mínima gracia. Tampoco a *Miss Nancy*, quien se quedó mirando al cielo como si en las nubes pudiera hallar una explicación.

Luego se secó una lágrima y, sin decir más, cruzó el patio y salió de la escuela.

Al viernes siguiente, la hora de inglés llegó sin *Miss Nancy*. En su lugar, trajo a *Miss Sepalabola*. Sin siquiera saludarnos, en cuanto puso un pie en la tarima comenzó a llenar el pizarrón con un reglamento que teníamos que copiar. Estaba en español para que ningún punto quedara en duda: "Prohibido hablar si no lo pide la maestra. Prohibido mandarse recados. Prohibido levantarse y caminar por el salón. Prohibido comer dulces. Prohibido reír..."

Durante toda la clase nos quedamos atornilladas a nuestros mesabancos, pero a la salida, nos juntamos en grupitos a comentar el terrible hecho. No era justo que expulsaran a *Miss Nancy*. Sin ella, la escuela parecía una cárcel o un cementerio, donde nadie bailaba al ritmo de hermosos poemas sobre gatos. Todo por culpa de la directora.

-La verdad -dijo Carolina-, también nosotras tuvimos que ver.

¿Sí? No habíamos pensado en ese lado del asunto, aunque todavía traíamos las pinzas de la ropa y otros motivos de burla en las mochilas. Se hizo un largo silencio, sólo habitado por el eco de las palabras de la directora: "A usted no la respetan".

-Hay que hacer algo para que vuelva -propuso Tere.

Esa tarde formamos el Comité de Defensa de *Miss Nancy*, a quien por cierto ya nadie llamaba *Miss Elephant*. El plan de acción contemplaba varios pa-

sos. Lo primero sería dar con ella y convencerla de que regresara a la escuela, lo cual sería muy sencillo porque nos tenía cariño y le gustaba enseñarnos. Una vez que *Miss Nancy* estuviera de nuestro lado, nos enfrentaríamos a la directora con las mismas armas que ella había utilizado para expulsar a *Miss Nancy*. Le diríamos: "O cambia usted de actitud o perderá a las alumnas de Segundo B".

Hallar el teléfono de *Miss Nancy* en el directorio fue cuestión de minutos. Aunque el apellido Fuentes era de lo más común, sólo existía una Nancy Fuentes. Más difícil resultó decidir quién le hablaría. Echamos una moneda al aire siete veces y me tocó llamarla.

Sentí las manos hechas agua, y la panza, un costal de piedras puntiagudas. Pedí que hubiera un ensayo. Carolina aceptó ser *Miss Nancy*.

-Riiiiing.

-¿Hello? -dijo Carolina, imitando a *Miss Nancy*.

-*Miss Nancy*, soy Margarita.

-¡Oh, Margarita! ¿Cómo estás? ¿Qué se te ofrece?

-Mmm... Queremos pedirle que... Mmm... Nos perdona y... Regrese a la escuela... La extrañamos.

→¡Oh, qué lindas! No se preocupen. El viernes nos vemos por allá. *Good bye*.

-*Good bye, Miss Nancy*.

Nos felicitamos por lo bien que habíamos representado nuestros papeles, y dimos por hecho que en la realidad sucedería lo mismo. Pero cuando marcamos de verdad el teléfono, no respondió la amable voz de *Miss Nancy*, sino la de un señor.

-La señorita Nancy ya no vive aquí.

Por más que insistí en saber a dónde se había marchado, no pude obtener más información. El hombre era solamente el encargado de rentar la casa a otras personas. Nunca había visto a *Miss Nancy* ni tenía interés alguno por ayudarnos. Desilusionadas, lloramos toda la tarde.

De mis días de escuela, perdí los nombres de los ríos y las fechas de las guerras, pero en mi memoria permanece *Miss Nancy* como si la hubiera visto ayer. Giganta feliz, toda bondad tras sus lentes de botella y su olor a vinagre. La apreciamos demasiado tarde.